

IN MEMORIAM

FRAY DARÍO CABANELAS RODRÍGUEZ, O.F.M.
(1916-1992)

Volvía todos los años a comienzos de septiembre, tras la vacación estival por tierras de su Galicia de origen. Lo hacía siempre con una regularidad cronométrica, exacta. Puntualmente, reanudaba su cotidiana tarea universitaria de la forma acostumbrada, con aquella metódica programación del trabajo que más lo acercaba a la disciplina y unción monacales, que a esos hábitos un tantico rutinarios a veces que los universitarios adquirimos.

En él todo se revestía de la singularidad prudente, silenciosa, casi litúrgica diríamos, de algo cuyo cumplimiento hubiera de ser inexorable en su perfección, de ningún modo improvisado o superfluo. Pertenecía, pues, a una de esas —cada vez más raras y escasas— especies profesoriales cuyo cometido representa una modalidad discreta de la diaria entrega, de la paciente labor de la siembra. Comedido, observador, inalterable exteriormente, tenía ribetes de un cierto halo oriental. Su talante, como estático e impertérrito, desusado en estas latitudes meridionales del nervio pronto y el albur como norma, lo hacía, a la vez, atractivo e impenetrable, mas siempre curioso.

Era un arabista de “los de antes” (jamás lo llamaría de la vieja escuela. El epíteto se me antoja despectivo: hay formas de elaborar los saberes que, por fortuna, carecen de fecha de caducidad). Quiere esto decir que era un asceta del estudio, apartado en esa extraña ínsula del

anaquel de la librería, los manuscritos y los diccionarios (la seducción de la tecnología cibernética todavía no lo había encantado). Por ende, por esa su vinculación con los maestros venerables, por pertenecer a esa especie en vías de extinción del paisaje científico finisecular del arabismo hispano, su espectro temático en materia de investigación fue amplio, y aun heterogéneo: desde los escarceos en la problemática religiosa —a dos vertientes— de un Juan de Segovia, hasta la logarítmica e intrincada interpretación del Techo de Comares, pasando —claro está— por la lexicografía, la filosofía y los estudios sobre moriscos. “Silva de varia lección” que dirían los clásicos.

Todo lo abordó con idéntica y profunda claridad, con un rigor distendido y didáctico, como si de sus lecciones en el aula se tratara. Acaso sería prolijo —me he impuesto concisión— ponderar aquí el valor de sus aportaciones en los distintos campos objeto de su consideración, toda vez que a esto se le dio cumplido marco y resalte con ocasión del Homenaje que la Universidad de Granada le tributó en su jubilación académica.

De igual modo, tampoco me es posible desvelar en estas líneas nada inédito acerca de su personalidad, ninguna confidencia o remembranza, fruto de la puerta abierta a la amistosa intimidad o del trato asiduo y casi familiar que algunos gozaron. No. Yo nunca tuve acceso a su mundo más que por el portillo —eso sí, franco y respetuosísimo— de mi condición de discípulo y, más tarde, de miembro de su Departamento. He leído —como pocos— la totalidad de sus textos (me los dedicaba todos con su impecable caligrafía y los ponía en mis manos) y, de ellos, he aprendido y he discrepado incluso en ocasiones, pero siempre desde la saludable experiencia de la libre opción, jamás con el enconamiento y tozudez de los lerdos, y, aunque hay plumas más autorizadas que la humilde mía para hacerlo, escribo esta evocación sólo por imperativo que la norma dicta, pues que soy ahora el director de *Miscelánea* cargo que él desempeñó un día. Cumpló así un deber triste y reconfortante a un tiempo.

Volví todos los años —decía al comienzo— cuando el tórrido verano del sur se estremece ya en sus menguados ardores y los presagios de otoño se dejan sentir, pero este año tardaba en hacerlo. Al final, no volvió. No volverá más nunca. Lo supe —consternado— la mañana del pasado dieciocho de septiembre, luego de una breve comunicación telefónica. Mientras me aprestaba a avisar a algunos de sus compañeros

y a las instituciones locales a las que pertenecía, sentí que la moviola del tiempo rebobinaba en mi mente con vértigo. Recordé aquel lejano “rinconcillo de Semíticás” del viejo Palacio de las Columnas donde mi generación cursó sus estudios de licenciatura en Filosofía y Letras, vino a mi memoria entonces aquel fraile de mediana estatura y pulquérrima apariencia, todo sobriedad y recatado hermetismo, que, bajo la parda estameña de su hábito franciscano, guardaba para mí —alumno único a la sazón— los arcanos inagotables de una lengua hermosísima: sus preceptos gramaticales, sus verbos, sus formas, sus paradigmas... Ha pasado ya más de un cuarto de siglo. Yo, el de ayer, ya no soy el mismo; sin embargo el aroma del pretérito trasmina aún con fuerza los entresijos del alma.

Fray Darío Cabanelas ha muerto; mejor: la “hermana muerte”, la del *poverello* de Asís, lo habrá llevado a contemplar de cerca la luz perpetua del *Señor del Trono*. Descanse en paz.

Emilio de Santiago Simón